

Universidad, Franquismo y Transición democrática: charlas con José Luis Peset Reig y Elena Hernández Sandoica

University, Franco's Regime and Democratic Transition: talks with José Luis Peset Reig and Elena Hernández Sandoica

Sara González Gómez

e-mail: sara.gonzalez@uib.es

Universitat de les Illes Balears. España

En esta ocasión, tenemos el placer de entrevistar a José Luis Peset Reig y Elena Hernández Sandoica, dos profesionales de reconocido prestigio en el campo de la historiografía con los que hemos tenido oportunidad de charlar sobre un tema tan amplio y sugerente como lo es el estado de la universidad española durante la época de la dictadura y el posterior proceso de transición a la democracia. Para empezar, conozcamos, de forma resumida, el extenso currículum de ambos.

José Luis Peset (Valencia, 1946) estudió Medicina y Geografía e Historia en la Universidad de Valencia, doctorándose en el año 1972 en Medicina y Cirugía por la Universidad de Salamanca con la tesis titulada *La enseñanza de la Medicina en Salamanca durante el reinado de Carlos IV*, trabajo dirigido por el catedrático Luis Sánchez Granjel. Se trasladó después a Madrid para trabajar con Pedro Laín Entralgo, figura absolutamente clave durante el periodo ministerial de Ruiz-Giménez (1951/56), en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en donde es hoy Profesor de Investigación en su Instituto de Historia (CCHS). Ha impartido clases en las Universidades Complutense y Autónoma de Madrid, realizado estancias de investigación en el extranjero, entre las que se cuentan la Universidad de París o la cátedra de Humanidades médicas de La

Plata (Argentina), y participado en seminarios, conferencias y congresos tanto en Europa como en América.

José Luis ha estado en el origen de la Sociedad Española de Historia de la Ciencia y la Tecnología (SEHCYT), habiendo participado en la Sociedad Española de Historia de la Medicina y de otras sociedades similares de Latinoamérica. De entre todos sus cargos relevantes, cabe hacer mención especial a la presidencia del Bureau del Comité Internacional de Ciencias Históricas. Asimismo, fue miembro del Consejo Científico del Fondo de Investigaciones Sanitarias de la Seguridad Social; llevó el Programa Movilizador del CSIC «Relaciones científicas y culturales entre España y América»; y fue Coordinador de Humanidades y Ciencias Sociales del CSIC.

En cuanto a su labor científica, ha investigado en Historia de la Medicina, desde una orientación social e intelectual, en especial en la historia de la enfermedad epidémica y psiquiátrica, de la medicina legal, la antropología médica y la salud pública. También se ha especializado en la Historia de la institucionalización de la Ciencia, en especial de la educación científica y médica. Asimismo, ha estudiado las relaciones entre la ciencia europea y la iberoamericana, por medio de las instituciones docentes y de las expediciones científicas. En fin, ha investigado sobre aspectos de gran relevancia en la ciencia médica y biológica europea, a través de personajes como el español Juan Huarte de San Juan, los franceses Maupertuis y Pinel o el italiano Lombroso.

Peset está, o ha estado, en consejos editoriales de una larga lista de revistas científicas, entre las que podemos señalar *Asclepio*, *Dynamis*, *Llull*, *Frenia*, *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, *The Journal of Philosophy and Medicine*, *History of Psychiatry*, *Península*. *Revista de Estudios Ibéricos*, *Sociologie de la Santé*, *Revista de Historiografía* y otras. Es hoy director, junto con Carlos Estepa, de la revista electrónica del CSIC *Culture & History Digital Journal*.

Llama la atención su amplísima producción bibliográfica, sin duda muestra evidente de dedicación y del buen saber hacer de José Luis. Entre sus libros publicados figuran *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)* (1974) y *Carlos IV y la Universidad de Salamanca* (1983), ambos en coautoría con Mariano Peset; *Ciencia y marginación* (1983), *Ciencia y libertad* (1987); *Estudiantes de Alcalá* (1983) y *Universidad, poder académico y cambio social* (1990), ambos con Elena Hernández Sandoica; *The Ethics of Diagnosis* (1992), edición de José Luis Peset y Diego Gracia; *Las heridas de la ciencia* (1993), *Genio y desorden* (1999), *La ciencia y la técnica en la corona de Castilla* (2002), dirigida en colaboración con L. García Ballester y J. M^a. López Piñero, *Las melancolías de Sancho* (2010), y *Melancolía e Ilustración. Diálogos cervantinos en torno a Cadalso* (2015).

Recientemente (2014), José Luis ha sido galardonado con el Premio Julián Marías de la Comunidad de Madrid, con el que se reconocen la actividad y carrera científica, así como los valores científicos y humanísticos, desarrollados por el investigador a lo largo de su trayectoria profesional.

Mucho se podría escribir sobre la vastísima contribución de José Luis Peset Reig al progreso de la ciencia española, de hecho no es la primera vez que se le entrevista y que se presenta un breve esbozo de su carrera profesional (Mateos, 2009; Consejo de redacción de la revista *Salud mental y cultura*, 1994), pero hemos creído adecuado presentar aquí simplemente un sencillo perfil introductorio del primero de nuestros protagonistas como apartado previo a nuestra entrevista.

Pasemos ahora a nuestra segunda protagonista, Elena Hernández Sandoica (Madrid, 1952). Se licenció en Filosofía y Letras en 1975 y se doctoró en Historia por la Universidad Complutense de Madrid (UCM) en 1982 con la tesis *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1886*, bajo la dirección del profesor José M^a Jover. En junio de 1999 obtuvo la cátedra en el Departamento de Historia Contemporánea de la misma universidad, donde había comenzado a enseñar en enero de 1977. Ha ocupado diferentes cargos académicos, convirtiéndose en Vicedecana de la Facultad de Geografía e Historia (UCM) a mediados de la década de 1980 y Vicerrectora de Ordenación Académica y Profesorado entre 2003 y 2004. Asimismo, ha realizado estancias en instituciones académicas europeas y americanas, en algunas de cuyas universidades y centros de investigación además de impartir conferencias, cursos y seminarios como invitada, ha dirigido también trabajos de Maestría.

Las principales líneas de investigación seguidas hasta el momento, según secuencia aproximada de su desarrollo, son: Historia de la política colonial española en la era del imperialismo; Historia intelectual e institucional de las universidades; Tendencias historiográficas y pensamiento histórico como historia intelectual; y, más recientemente, Historia de la historiografía feminista. A ellas se remite, desde 1983 en adelante, una intensa dirección de investigación (tesis doctorales, tesinas, memorias y trabajos fin de máster, diplomas de estudios avanzados y trabajos académicamente dirigidos), tarea realizada en universidades diversas –París X entre ellas–, pero especialmente en la UCM. Su propia investigación actual se inscribe en el Proyecto de Investigación HAR 2011-26344 dedicado a «Mujer, liberalismo y espacio público en perspectiva comparada». Asimismo, Elena Hernández codirige el Grupo de investigación de la UCM 930484 – Historia de la Cultura en la España contemporánea.

En efecto, amplia es la trayectoria y excelentes las contribuciones de esta especialista, no cabe duda. Además de todo lo referido anteriormente, Elena se ha ocupado también, en años anteriores, de otros proyectos, sobre historia de

las mujeres, historia de la educación y la universidad, historia de la ciencia e historia colonial, y es autora de artículos y libros muy diversos, la mayoría de tipo sociocultural. Mencionaremos aquí algunos de los más sobresalientes: *Política y escritura de mujeres* (2012); *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Movilización política y contestación juvenil* (2007); *Sobre la historia actual: entre política y cultura* (2005); *Tendencias historiográficas actuales: Escribir Historia hoy* (2004); *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial* (1998) con A. Elorza; *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método* (1995); *Los fascismos europeos* (1992); *El colonialismo, 1815-1873. Estructuras y cambio en los imperios coloniales* (1992); *Universidad, poder político y cambio social (Alcalá de Henares 1543 – Madrid, 1874)* (1990); *Estudiantes de Alcalá* (1983), y *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1886* (1983), estos dos últimos junto con José Luis Peset.

Por otra parte, ha contribuido a obras colectivas como la *Historia de España Menéndez Pidal* y dirige o ha dirigido colecciones de historia para editoriales como Abada, Akal (series de Historia Contemporánea) o Síntesis (Historia de España Tercer Milenio), y entre 2008 y 2011 llevó, junto con Juan Pablo Fusi, los *Cuadernos de Historia Contemporánea* de la UCM. Además forma parte de consejos editoriales y científicos diversos, en revistas españolas y extranjeras: entre ellas, *Culture & History*, *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, *Revista de Historiografía*, *Dynamis*, *Investigaciones Históricas*, *Iberoamericana* y *Cercles de Història cultural*), así como del Consejo editorial de la Colección de Historia del CSIC.

Por último, cabría mencionar que Elena Hernández ha sido asesora de la Subdirección General de Programas Europeos del MICINN, evaluando con regularidad proyectos del MEC, ANEP, AQU-Catalunya y AGAUR. También ha sido miembro de tribunales y jurados diversos, ha formado parte de diversas comisiones de evaluación de la ANECA desde su creación, incluyendo el programa de Acreditación «Academia» y el Consejo Asesor de la Agencia. A ello se suma su cargo como vocal permanente de la Comisión de Titulaciones de ACSUCYL (Castilla y León) y Presidenta del área de Arte y Humanidades.

Nos encontramos pues con dos auténticos profesionales y especialistas, de los que sólo se ha bosquejado aquí una pequeña parte de su amplísima trayectoria. Llega el turno ahora de conocer qué han respondido a una serie de preguntas que se les plantearon para su publicación en este monográfico, con el objetivo de descubrir, a través de unas sutiles pinceladas, algunos aspectos de interés sobre la universidad española durante la etapa de la dictadura y el periodo de transición a la democracia.

1. La entrevista

Sara González Gómez (S. G. G.): *José Luis ¿Qué recuerdos tiene, desde la perspectiva de un estudiante, del funcionamiento de la Universidad de Valencia, lugar en el que realiza usted sus estudios durante el periodo de la dictadura?*

José Luis Peset Reig (J. L. P. R.): La facultad de Medicina de Valencia era heredera de una magnífica tradición, todavía quedaban en los años sesenta profesores que testimoniaban lo que habían conseguido sus aulas antes de la guerra. Por ejemplo, el fisiólogo García Blanco, cuyas últimas lecciones escuché. Había también buenos profesionales, como Manuel Carmena, o bien jóvenes entusiastas de nuevas formas de enseñanza, como el matrimonio Smith. Pero las condiciones eran precarias: recuerdo –y lo he contado múltiples veces– a mis profesores de Fisiología teniendo que comprar en la cafetería los huevos necesarios para sus trabajos... No había ayuda alguna para la investigación y muchos profesores ni siquiera pensaban que esa era una tarea necesaria para su formación y su docencia. Además, había pocos catedráticos y los adjuntos y ayudantes eran docentes sin estabilidad ni sueldo suficientes.

S. G. G.: *Elena, usted realiza sus estudios de Filosofía y Letras en la Universidad Complutense de Madrid durante los últimos años de la dictadura franquista. ¿Cómo recuerda aquella época de formación? ¿Cómo se viven en esa universidad los años previos a la transición?*

Elena Hernández Sandoica (E. H. S.): Era una época complicada, llena de afán por saber muchas cosas y con la conciencia de que muchas de las más importantes se nos escapaban. La movilización estudiantil era constante, y no siempre estaba claro, para la mayoría de los estudiantes, qué debíamos hacer o desear... Pero la sensación de avanzar, de ir caminando hacia delante, sí creo que la compartíamos en general. En cuanto a la formación que recibíamos, para ser sinceros, no era la mejor posible, ni mucho menos. Vista desde más tarde, creo que no hemos retrocedido –aunque a veces hagamos lo imposible, nosotros mismos y quienes nos gobiernan, porque lo parezca ante la sociedad–... Había figuras de primer orden, desde luego, pero la atención, y el respeto a los estudiantes está en el haber del profesorado algo después de aquellos tiempos, y apenas formaba parte por el contrario de la práctica corriente de entonces, al menos en mi experiencia particular.

S. G. G.: *Ambos estudian e inician su carrera profesional en una universidad maltrecha como consecuencia de la pervivencia de un modelo tradicional, centralista, burocrático y enfocado especialmente hacia la labor docente en detrimento del fomento de la investigación universitaria. ¿Cuáles fueron las principales dificultades que tuvieron que afrontar durante su periodo de formación como jóvenes investigadores?*

J. L. P. R.: A su manera, había interés en la enseñanza por parte de los profesores, al menos en algunos con clara vocación. Con frecuencia escuché a mis profesores la recomendación de estudiar por apuntes, sin embargo, olvidando los libros. Sería como si hoy a un estudiante de Medicina –o de Ciencias– se le recomendará olvidar los artículos de revistas. Se hacía un gran esfuerzo para que las prácticas fueran lo más adecuadas posible y la biblioteca de la facultad valenciana ha sido siempre buena. Pero muchas veces las enseñanzas estaban atrasadas, o los medios no eran suficientes. La investigación era muy escasa, en efecto, había pocos recursos y poco tiempo dedicado a ella por los profesionales médicos. Así, la figura de Vicente López Merino, con el que trabajó mi hermano Rafael, fue una excepción de muy alta calidad en el estudio de la patología cardiopulmonar.

E. H. S.: La noción de qué cosa era, o debía ser, la investigación la adquirimos de manera muy precaria, a imitación de lo que leíamos o, en muy pocos casos, veíamos a nuestro alrededor. En mi formación, recuerdo con mucho gusto las clases de Filosofía de Cencillo –la materia que más me gustó siempre y a las que acudía sin que él mismo fuera mi profesor–, las de Historia de las religiones de Santiago Montero Díaz, las de Textos clásicos de Domingo Plácido –mi director de tesina– y las de Historia moderna de Juan Ignacio Gutiérrez Nieto y José María Jover, que sería luego mi director de tesis. Por mimesis de su modo de hacer, intuíamos lo que debía ser en las Humanidades la investigación, más que contar con instrucciones concretas, con metodologías. Llegado el momento, la tesis doctoral habría de ser producto, ya digo que en mi caso –otros tendrían quizá otra fortuna–, de las lecturas incorporadas a esos modelos de comportamiento y derivadas de mi propia tarea, ya como profesora No Numeraria en la UCM. Así, fue en buena parte un proceso de aprendizaje basado en la acumulación de cosas muy diferentes, de búsquedas nada ordenadas y muy de tanteo..., pero que recuerdo con mucha gratitud.

S. G. G.: *Vivieron de primera mano una etapa de plena efervescencia en el movimiento estudiantil dentro de las universidades. José Luis ¿Cómo se dejaron sentir esas protestas en la Universidad de Valencia? ¿Y en la Universidad de Salamanca?*

J. L. P. R.: En Valencia, en los sesenta, se vivió lo propio de un régimen dictatorial, las huelgas, las represiones, las cargas de la policía, también juicios y condenas. Algunas veces el profesorado actuó con decisión, así el Decano Tomás Sala ante una brutal embestida policial. O bien, un joven profesor, de quien luego aprendí mucho, Luis García Ballester, quien protegió a algunos estudiantes gracias a que estaba en la milicia universitaria y llevaba el uniforme. Tuvo un valor grande, que siempre le reconocí.

Tanto en Valencia como en Salamanca había un ambiente propicio a las novedades culturales y políticas. Por ejemplo, el teatro universitario en aquella, o

bien la atención hacia Cuba y los movimientos internacionales en esta. Recuerdo que en el curso 69/70 abarrotamos un aula para escuchar a un diplomático cubano, sería el embajador tal vez.

S. G. G.: *Elena, usted ha dedicado algunos de sus trabajos al estudio de esta cuestión. A partir de sus conocimientos e investigaciones. ¿Qué papel cree que jugó esa movilización estudiantil dentro de las universidades de cara al posterior proceso de transición a la democracia?*

E. H. S.: Sinceramente creo que fue muy importante, aunque algunos de quienes más directamente intervinieron en activar la movilización le hayan quitado después valor, en sus recuerdos o en sus impresiones. No quiero decir con ello que aquella subversión fuera «demócrata» y fuera preparando linealmente un camino..., no hay que entenderlo así; sino que en el tipo de democracia que arranca de entonces y que ha conformado el posfranquismo, con sus defectos y sus virtudes, todo aquello dejó una marca decisiva en los comportamientos y en las formas de expresión política. Un asunto complejo, en el que las palabras, la terminología empleada para definir el proceso, emborronan todavía su peso real y su significado, a mi modo de ver.

S. G. G.: *José Luis, remontándonos de nuevo a su llegada a Salamanca, ciudad eminentemente agrícola y ganadera en aquellos momentos, alejada del proceso de industrialización que viven otras urbes. ¿Qué recuerdos tiene del estado y las condiciones de vida en esta ciudad y cuáles eran los principales contrastes respecto a Valencia?*

J. L. P. R.: No viví mucho la vida de la ciudad en Salamanca, si bien allí la universidad siempre ha sido un mundo en sí. Además quería acabar pronto la tesis doctoral, y mi vida transcurrió entre la magnífica Biblioteca universitaria –y otros archivos como el de la ciudad, o los de las parroquias– y el Colegio Fonseca, que se inauguraba precisamente cuando yo llegaba. En Valencia los movimientos nacionalistas y progresistas estaban más difundidos, en Salamanca se limitaba la acción política a la universidad. Al menos, en lo que yo viví.

S. G. G.: *He podido saber que en Salamanca se alojó usted en el Colegio Mayor Fonseca y que en él entabló un buen círculo de amistades. ¿Cómo recuerda su estancia en el Mayor y el ambiente colegial durante esos años?*

J. L. P. R.: Fue un ambiente magnífico, al menos en sus primeros años. Éramos en general profesores y muchos de ellos muy jóvenes. Conocí personas de gran interés, como el profesor José Adriano de Freitas Carvalho, de quien aprendí mucho y con quien sigo teniendo una excelente amistad. Entre los mayores estaba Eugenio Bustos, cuya inteligencia pude apreciar. También recuerdo a un magnífico latinista, J. Carlos Fernández Corte, que andaba dándole vueltas a Catulo, Apuleyo y su asno... Concepción Vázquez de Benito iniciaba una brillante carrera de arabista. Pude allí conocer a Benjamín González entre

los más jóvenes dedicados al Derecho, y entre los mayores a Rafael Calvo y a Gloria Begué. En el campo de las ciencias, hubo también en el Fonseca notables profesores e investigadores.

S. G. G.: *El rector de la Universidad de Salamanca en aquella fecha es Felipe Lucena Conde. ¿Cómo recuerda dicha etapa rectoral? ¿Mantuvo algún tipo de contacto con el entonces rector?*

J. L. P. R.: Mi estancia fue breve y estuve metido en esos círculos, ya digo. Los colegios, que representaban el esfuerzo del franquismo, heredado de la República, por renovar las ciudades universitarias, eran un mundo en sí. Y también lo era la facultad de Medicina. Si no al Rector, pude conocer a profesores de extraordinaria calidad, como un jovencísimo Juan Gutiérrez Cuadrado, a quien tanto estimo como amigo y por sus excelentes trabajos de historia de la Lengua. Algunas figuras universitarias, como Carmen Codoñer o Francisco Tomás y Valiente también me interesaron, pues permitían un elevado nivel a la Universidad. Clasicismo e historia eran núcleos fuertes allí, tras Antonio Tovar o Miguel Artola.

S. G. G.: *En otra entrevista, realizada por mi querido compañero Julio Mateos Montero (2009) –Fedicaria, Salamanca–, he podido leer que entabló usted una estrecha relación con profesionales de absoluta relevancia como fueron José María López Piñero, Luis García Ballester, Luis Sánchez Granjel o Pedro Laín Entralgo. ¿Qué supuso para usted el contacto con estos profesionales?*

J. L. P. R.: Aparte de una buena relación e incluso amistad con algunos, supuso un extraordinario magisterio. Ese grupo abordó la conversión de la Historia de la Medicina en una disciplina científica y académica en España. También la entrada en las instituciones docentes y de investigación, así en las universidades o en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, institución esta en donde todavía trabajo. Fueron distintos sus perfiles y personalidad, pero todos ellos compartieron un deseo de realizar una investigación a nivel internacional. Pedro Laín destacó por el conocimiento de la historia médica universal, con un acompañamiento filosófico y humanista de primera importancia, Luis S. Granjel se interesó más por la historia de la medicina española, también compaginando –como P. Laín– con notables estudios de historia de la literatura, López Piñero asimismo se interesó por la historia de la medicina y de la ciencia españolas, además de aportar cuidados estudios sobre algunos temas de historia universal, por ejemplo la psiquiatría. En fin, Luis García Ballester prosiguió el buen conocimiento del mundo clásico que tenía Laín Entralgo, cultivó los estudios sobre Edad media y publicó algunos otros de gran interés relacionados con el mundo de las minorías, así la morisca y la judía, o bien con la profesión médica. Gracias a todos ellos varias universidades empezaron a contar con una docencia y una investigación importantes en historia de la medicina y de la ciencia. Todos

compartían la opinión de que el médico, en su aprendizaje, debía tener una notable formación humanista, algo que todavía se pretende, y casi siempre en difíciles circunstancias.

S. G. G.: *Hablando de este último, Pedro Laín Entralgo, personaje absolutamente clave durante el primer lustro de los cincuenta, junto a Antonio Tovar Llorente en Salamanca y en sintonía con el entonces ministro Ruiz-Giménez, personificaron un breve atisbo o intento de apertura, cercenado en 1956. Ustedes escribieron en 1987 un magnífico trabajo sobre Laín del que me permito extraer una breve reflexión para preguntarles por el significado que creen que tuvo la iniciativa que estos personajes intentaron llevar a cabo y la quiebra que a partir de entonces se dejó sentir claramente en el ambiente universitario:*

La sociedad española se movía hacia adelante, con todas las dificultades que se quiera, y halló en la Universidad de Madrid un escenario para la representación; la Universidad, a su vez, se encontraba incómoda –al menos relativamente– en su corsé, y al tratar de reacomodarse, posibilitó en su seno tal manifestación. Pero apenas se benefició de ella.

E. H. S.: Sí, esta expresión final del párrafo que recoges –y que seguramente es más de mi cosecha que de la de José Luis...–, lo que trataba de resumir es el cierre que entiendo que de nuevo acabará aplicándose a la universidad con esa apertura –o «pseudoapertura» si así se quiere ver–. En cualquier caso, José Luis es más optimista que yo sobre las posibilidades de aquel intento modernizador...

J. L. P. R.: Fueron personajes que, desde el falangismo o la democracia cristiana, empezaron una apertura de la universidad. Fue muy notable el ministerio de Ruiz-Giménez, quien nombró a notables rectores de las principales universidades. Si bien todavía el tiempo político no era el adecuado y acabó con el cese del ministro y de Pedro Laín Entralgo, el rector complutense. También Tovar salió, en este caso del país. Se modernizaron los planes de estudios y se pensó en una cierta participación democrática. También en fomentar y apoyar la investigación.

S. G. G.: *Mencionábamos antes a Luis Sánchez Granjel, uno de los catedráticos más activos e implicados en cuestiones bibliográficas, investigación científica y difusión, así como director de «Cuadernos de Historia de la Medicina Española» en 1962. José Luis, resulta obligado preguntarle por su experiencia junto a este catedrático durante sus años de formación doctoral. ¿Qué aspectos destacaría de Sánchez Granjel? ¿Qué recuerda de su trabajo junto a este profesional?*

J. L. P. R.: Sánchez Granjel, muy recientemente fallecido, montó un magnífico instituto de investigación en Historia de la Medicina en la Universidad salmantina. Fueron excelentes en este sus colecciones de libros y revistas, a las que se aunaban los maravillosos archivos y bibliotecas universitarios. La revista

Cuadernos de Historia de la Medicina Española se especializaría en historia de la medicina española y estaba editada con el extraordinario gusto heredado por las prensas salmantinas. Por su parte, la calidad del profesor Granjel se vio también en su ayuda en la restauración y puesta en marcha del Colegio Fonseca, en donde montó su nuevo instituto y en donde pude trabajar por fortuna, compartiendo muchas horas de charla con Juan Riera, siempre buen conocedor de archivos y bibliotecas.

S. G. G.: «*Cuadernos de Historia de la Medicina Española*» nace en 1962, pero otras publicaciones similares habían funcionado ya en España años atrás, entre ellas «*Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina*» y «*Asclepio*». Años más tarde se pondrían en marcha nuevos títulos como: «*Cuadernos vascos de la Historia de la Medicina*» (1981), «*Dynamis*» (1981), «*Llull*» (1977) o «*Cronos*» (1998), entre otras. José Luis, usted ha jugado un papel fundamental en algunas de estas revistas. ¿Qué papel cree que desempeñaron estas publicaciones durante el franquismo, la transición y los primeros años de democracia en España?

J. L. P. R.: Los historiadores de la ciencia –*seniors* tanto como *juniors*– estábamos de acuerdo en que la ciencia era para España un necesario motor de progreso y de cambio. Si, como se ha dicho, al carro de la cultura española le faltaba la ciencia, estábamos en situación de llevarlo al taller y añadir esa rueda. Además, entendíamos que la ciencia no era comprensible sin las humanidades, que desde que Snow llamara la atención sobre la polémica de las dos culturas, era necesario aportar investigadores que a caballo sobre ambas cabalgaduras pudieran aportar conocimientos que enlazaran ciencia y ética, fórmulas e interpretación teórica. Esas revistas, en mayor o menor medida, primando unas orientaciones u otras, se encaminaban a lograrlo y fue mucho lo que consiguieron. También han servido para dar cauce a las inquietudes de muchos científicos y médicos por comprender mejor sus conocimientos y sus tareas. Entre ellas, *Trabajos de la Cátedra de Historia Crítica de la Medicina* remite a una tradición y un interés antiguos en los médicos por ocuparse por el pasado de su profesión, una característica sin duda importante.

S. G. G.: *Veamos la siguiente cita:*

Lo cierto es que, si complicado era ya el hecho de dedicarse a la disciplina de Historia de la Medicina, incorporada recientemente a los planes de estudio y vista por muchos como una materia casi secundaria, más aún lo era llevar a cabo con éxito la empresa de creación y evolución de una revista dedicada a la investigación en esta materia (González, 2013, p. 584).

¿Está de acuerdo con esta afirmación? Desde su punto de vista ¿Cuáles fueron las principales trabas y dificultades que se encontraron los investigadores en historia de la medicina durante aquellos años?

J. L. P. R.: Las facultades de Ciencias y de Medicina eran poco receptivas a las humanidades. Una enseñanza, tan solo dirigida a la formación profesional y a la especialización, poco podía interesarse en reflexiones teóricas sobre las ciencias y sus aplicaciones. Algo ha cambiado, algún mayor interés hay desde entonces sobre las preguntas que vienen de la ética o la filosofía, la historia o la sociología. Pero el camino ha sido difícil, siempre ha habido una carencia de profesorado y de instituciones dedicados a estas actividades.

S. G. G.: *José Luis, le he oído reivindicar en diversas ocasiones la importancia del trabajo en archivo en el campo de la Historia de la Ciencia, una cuestión probablemente hoy en día bastante interiorizada, pero muy alejada de la realidad que usted se encuentra durante su etapa de doctorado y sus primeros años de desempeño profesional. ¿Qué cambios se han producido que han ayudado a orientar la atención de los investigadores de la historia de la ciencia hacia los archivos?*

J. L. P. R.: La Historia de la Ciencia, en mis cuatro décadas de dedicación, ha evolucionado de forma importante. Primero se primaba la historia de las ideas científicas, para lo que era suficiente la lectura de ediciones adecuadas de los clásicos. Pero el influjo de la historia social llevó a preocupaciones no solo por la producción de la ciencia, también por su difusión y empleo. Además, se comprendió la diferencia entre centros productores y periferias receptoras, siempre entendiendo que el camino de la ciencia es un diálogo. También ha aparecido el interés renovado –pues es un género antiguo– por las biografías, que exigen estudiar correspondencias y archivos diversos, no tan solo los personales y familiares. Del mismo modo el estudio de las instituciones –universidades, academias, colegios, hospitales...– exige la consulta del archivo. En fin, la actual historia cultural multiplica por mil las posibles fuentes, siempre con los archivos en primer término. También los archivos universitarios nos son muy útiles, tanto los que se mantienen en las instituciones de origen como los que se encuentran depositados en el Archivo Histórico Nacional procedentes de las universidades suprimidas o desamortizadas. Hay que recordar que Gonzalo Anes empleó hace muchísimo tiempo los archivos universitarios como fuente de historia económica y de las crisis alimentarias, y que muchos de sus fondos no solo son útiles para el conocimiento de la enseñanza y la ciencia, sino también de la literatura, el teatro y las fiestas populares y religiosas, o bien para acercarnos a problemas de limpieza de sangre, o en fin de aspectos jurídicos, económicos, políticos o religiosos muy variados.

S. G. G.: *Elena, en el campo de la historia de las universidades, del que es usted una reconocida especialista, la labor de archivo resulta absolutamente fundamental e imprescindible para el trabajo con fuentes primarias. Pero el estado de los archivos, en cuanto ordenación y catalogación de sus fondos, hace tan sólo algunas décadas estaba muy lejos de presentar una situación adecuada. ¿Cómo influyó esta cuestión en la elaboración de su tesis doctoral y en la preparación de sus primeros trabajos?*

E. H. S.: Para la elaboración de la tesis, que versó sobre política colonial y no sobre historia de las universidades, no tuve grandes dificultades en el acceso a los fondos de archivo: es cierto que estaban muchos de ellos sin catalogar, pero eran infinitos, y si algo lastró el trabajo fue esa infinitud... Pero en fin, la compensaba la novedad de unos papeles que nadie había tocado hasta entonces, que eran inéditos en su mayor parte.

El caso de los archivos universitarios es muy distinto, y remite a situaciones y tradiciones desiguales. Hay archivos bien cuidados y conocidos, de acceso cómodo, y otros como es el propio de la universidad a la que pertenezco, la Complutense, en los que hay que lamentar todavía desidias que yo entiendo injustificables, a pesar de las quejas que venimos prodigando desde hace tiempo algunos y, sobre todo, del esfuerzo encomiable de los archiveros por revestir a la institución de dignidad. Siendo muy pocos como son los profesionales destinados al archivo de la UCM, postergados en la agenda de prioridades rectorales todavía a esta hora, sin ellos habría sido imposible sin embargo todo trabajo posterior a mi propia incursión en sus fondos, por mínimo que sea. Es preciso reconocer que solo a archiveros como Isabel Palomera y –hasta no hace mucho– Carlos Flores, y a la profesionalidad y entusiasmo de quienes les secundan, se debe –y lo vivo de cerca– el que una parte del patrimonio documental de la UCM, tan rico y tan históricamente desatendido, esté hoy en día al alcance del investigador.

S. G. G.: *Sobre la línea de investigación dedicada a historia de las universidades ¿Cree que la atención actual en investigación a este tipo de cuestiones ha disminuido respecto a lo vivido en décadas precedentes en las que se dio un fuerte impulso a estos trabajos?*

E. H. S.: No, no necesariamente. Es cierto que ha habido una época buena, en la que ha salido mucho publicado y reconstruido, de aquí y de allá. Pero siempre teniendo en cuenta que hay elementos muy diversos que influyen en unas directrices historiográficas o en otras como objetos preferentes, pienso que la calidad de muchos de los trabajos en las últimas décadas ha ido marcando rutas que se seguirán sin duda transitando, acaso más pausadamente pero sin interrupción.

S. G. G.: *¿Cuáles podrían constituir líneas futuras de investigación en historia de las universidades? ¿Qué temas podrían convertirse en canteras de investigación originales?*

E. H. S.: Aunque no creo que pueda responder satisfactoriamente (o coincidiendo en esto con otros colegas) a esta pregunta, creo que el análisis biográfico – biografía intelectual o prosoprografía institucional, en ambos polos–, resulta una cantera inagotable. Aunque podría ser que no esté resuelta todavía, en muchos casos, la confección de historias institucionales susceptibles de ser incorporadas con éxito a marcos más amplios de historia intelectual y cultural... Hay trabajo de sobra.

S. G. G.: *Por otra parte ¿Qué innovaciones metodológicas podrían realizarse en la investigación de la historia de las universidades, particularmente en los estudios acotados al periodo de transición a la democracia? ¿Cómo sería conveniente hacer hoy en día la historia de las universidades?*

E. H. S.: También esto, que está en relación con lo anterior, es muy opinable. Las universidades son entes vivos, permanentemente renovados y renovables en sus componentes –aunque nos guste hablar de esclerotización o inmovilismo a los propios universitarios, y muchas veces no sin razón-. Pero lo uno no es incompatible con lo otro..., y desde luego lo que es a mi modo de ver imprescindible es que la historia de las universidades (públicas, me refiero) que se haga en cada momento, responda a las inquietudes y expectativas de quienes la forman y, en correspondencia con ello, al componente social y a su finalidad última, que además de proporcionar igualdad de oportunidades y calidad cultural, es innovar científicamente.

S. G. G.: *En cuanto al periodo de la transición española, me gustaría preguntarles por los primeros síntomas de cambio que se dejaron sentir en las universidades españolas, por esas primeras mudanzas que no cambiaron ni mucho menos la universidad de la noche a la mañana pero, probablemente, sí dieron muestra de un ambiente totalmente diferente al precedente. ¿Las recuerdan? ¿Qué creen que supuso el fin de la dictadura para la universidad española?*

E. H. S.: Una modernización indudable en objetivos y prácticas, aunque afloren todavía las rémoras de su urgencia y precipitación, y acaso lo hagan ahora de un modo más preocupante que hace unos años, retornando... Aún hoy es muy visible la tensión entre viejos conceptos de vida académica e intentos más o menos bienintencionados de actualizarla. No parece difícil hacerlo vistas las cosas desde fuera, pero desde dentro se percibe y se vive a diario el conflicto que introducen las vueltas de tuerca, los estrangulamientos de la constante e imparable re-burocratización.

J. L. P. R.: Sin duda, con la muerte de Franco se ahondó en esos aspectos que el ministerio Ruiz-Giménez quiso llevar adelante, la democratización y la investigación. Empezaron a tener representación amplios sectores de la universidad y se pudo votar y opinar. Y fueron fundamentales las primeras ayudas a la investigación, que empezaron con el ministro Lora Tamayo y se consolidaron con José María Maravall, en el primer quinquenio socialista. También hay que señalar un evidente interés por las reformas pedagógicas, el aumento de alumnos y titulaciones y la estabilización del profesorado. La mayor accesibilidad de las aulas universitarias a la población fue un éxito indiscutible. Todo ello acompañado, claro está, por una elevación importante de la financiación. La descentralización fue también un logro importante.

S. G. G.: *¿Qué papel creen que desempeñaron los docentes universitarios para propiciar esa transición? ¿Deberían, a día de hoy, jugar algún otro papel?*

J. L. P. R.: Desde luego, el movimiento de los profesores No Numerarios fue notable, consiguió mejoras políticas e institucionales. También, en un principio, muchos profesores se integraron en la vida política. Sin duda la universidad parece que hoy renace en su papel político y social, de nuevo las aulas se mueven (al menos en algunos lugares) y exigen cambios.

E. H. S.: Con una devaluación social notable de nuestra función, y pasado mucho tiempo desde entonces, pienso que el papel del profesorado debe ser –y solo esto ya es mucho– el cumplir al máximo con la tarea de transmitir a los estudiantes la vocación docente e investigadora, pasarles a ellos la antorcha. Nada más y nada menos, sin trampas entre unos y otros y sin zancadillas, sin desfallecimientos en la labor profesional concreta, también. Es verdad que esto no siempre es fácil, pero seguramente en aquellos años a los que se refiere en concreto tu pregunta, Sara, creo que era aquella postura un sentimiento, una convicción que, explícita o implícita, muchos compartíamos. Hoy no me parece tan claro que sea así.

S. G. G.: *En los años ochenta se habla mucho de la «crisis de la universidad española». ¿Cuáles eran, desde su punto de vista, los principales problemas de la universidad española en aquellos momentos, después del paso de unos años desde el fin de la dictadura? ¿Cuál era el estado real de su funcionamiento?*

E. H. S.: Creo que esa «crisis» se deriva de la ampliación del número de universidades y de su desigualdad evidente. También de la decepción generalizada de algunos, pero creo sinceramente que no de la mayoría, por ver cómo se ordenaba el campo de la investigación. La introducción de los sexenios de investigación resultó para muchos una mecánica no adecuada para potenciar resultados, y sin embargo los logró... Por otra parte, los continuos cambios legislativos en materia de títulos y planes de estudios, tarea siempre incompleta y las más de las veces insatisfactoria a medio plazo, no ayudaría mucho a lograr una estabilidad, esa «normalización» que es sin duda necesaria para avanzar y ponderar, a su vez, los avances. Todo lo contrario.

J. L. P. R.: Es difícil contestar por todas las universidades, puesto que eran muy diversas y, con el tiempo, esa pluralidad ha aumentado. Algunas podían tener un profesorado de calidad e investigación, otras eran pequeñas y con pocos recursos. Luego ha venido la apertura a las universidades privadas, que complican mucho el intentar mostrar un panorama universitario. Y también la creación de muchas universidades públicas, bastantes veces sin recursos suficientes para profesorado e instalaciones. Siempre con la investigación como furgón de cola.

S. G. G.: *Después de cuarenta años de universidad de masas ¿Cómo creen que ha afectado el alto número de profesores universitarios que ingresaron –en muchos casos sin evaluación ni oposición o cualquier otra prueba– en los años 70 y 80 a la vida de estas instituciones?*

J. L. P. R.: La entrada de muchos profesores fijos era la consecuencia de la necesidad de estabilizar a un profesorado precario –como lo es en gran medida el actual– y de dotar de docentes a las aulas vacías. Es un proceso que se ha hecho repetidamente a lo largo de la historia universitaria, pues el acúmulo de profesorado inestable y mal pagado exige en mejores momentos la incorporación estable de los docentes. Es una situación semejante a la actual, si bien ahora se está sustituyendo el funcionariado antiguo por un empleo inestable y mal pagado y la universidad napoleónica por la privada. Por eso, si bien he pensado siempre que la contratación era necesaria en la universidad –y en la investigación– parece que hoy en día da más miedo aún la falta de estabilidad y de buenas condiciones del profesorado. Con la crisis de hoy, con un profesorado precario y con financiación insuficiente, de nuevo hace falta pensar en la necesidad de una universidad sabia, que cuente con la investigación como tarea primordial.

E. H. S.: No estoy de acuerdo con que se entrara en muchos casos sin ningún tipo de pruebas, no lo veo yo así. Cuando se dieron situaciones de este tipo fue sin embargo antes, bajo el franquismo, o si se quieren ver las cosas bajo esta óptica, habría que diferenciar y estudiar a fondo como se comportaron los distintos procedimientos de acceso o promoción de una manera más pormenorizada, a escala micro, porque las situaciones –de áreas, de universidades y de momentos y personas– han sido muy diversas, con escenarios de oportunidad muy desiguales. Ello es así, por no ir más lejos, con lo que ha venido después de la LRU, los procesos de Habilitación y Acreditación, engañosamente homologados en su función y aplicación, y sin embargo muy distintos en su intención y reglas o procedimientos... Esto habría que estudiarlo pronto seguramente, para que no se emborronara más aún de lo que ya se ha hecho su comprensión más honda. Pero, sea como sea, tampoco ahora faltan baremos de medición; otra cosa es que se esté de acuerdo en que esos modos de acceso sean los más convenientes o adecuados. Sobre esto es lo sobre lo que se podría y debería discutir, me parece.

De todas formas, preguntabas por los efectos que habría causado el acceso masivo y desigual del profesorado durante el periodo 70-80, y en ese sentido no sabría bien qué contestar: ha sido un hecho, ocurrió así, sencillamente. Lo que tenemos hoy es, por suerte o por desgracia, producto de aquel proceso masivo –en el que desde luego no siempre se incorporaría a la titularidad a los mejores, pero esto también había ocurrido antes-, y la plantilla que entonces se conforma es una realidad que ahora se halla en vías de desaparición y va a encontrarse sin

sustitución en la mayor parte de los casos. No parece preverse, en la batalla entre pública y privada, ninguna política académica que venga a aprovechar la ocasión para imprimir un giro decisivo a aquella improvisación de los años 80, a esa necesidad de profesores con autonomía académica resuelta apresuradamente.

S. G. G.: *Estos profesores mencionados se están jubilando o a punto de hacerlo, ¿Cómo puede afectar este relevo generacional a la Universidad?*

E. H. S.: El problema es que no hay relevo realmente, o lo hay en escasísima medida. Los currícula que se presentan son, en la inmensa mayoría de los casos, de calidad. El no dar acceso a este contingente de jóvenes –que cuando llegan a poder acceder a una plaza de Ayudante Doctor no son tan jóvenes, pues muchos frisan ya los cuarenta años de edad– tendrá, y ojalá me equivoque, un precio social y científico muy elevado. Creo que un país como el nuestro no se lo puede permitir.

J. L. P. R.: La retirada de los profesores de nuestras generaciones, debía suponer que se podría tal vez recuperar algunos de los doctores que estamos perdiendo. Tenemos magníficos doctores bien formados y será necesario no solo reemplazar a los que se jubilen, sino aumentar la oferta de empleo universitario. En las instituciones públicas hay en este momento escasa oferta de empleo, y las plazas ofertadas casi siempre están insuficientemente dotadas en salario y apoyos institucionales y económicos.

Además, las dificultades de encontrar una colocación adecuada y bien remunerada –pues sin duda el mercado de trabajo universitario se está deteriorando– llevan a una necesidad de conseguir un *curriculum vitae* en más de una ocasión apresurado y adaptado a las exigencias del momento. Se olvidan dos las tres misiones necesarias de la universidad, la educación y la investigación. La enseñanza superior española sigue siendo un centro de formación profesional y de obtención de grados, como lo fue siempre. De aquellos facultades del ochocientos y del novecientos volcadas hacia el derecho y la medicina se pasa a las actuales escuelas de negocios. Una de las instituciones más valiosas de la cultura occidental, la universidad, necesita en estos momentos en España una urgente tarea de salvación. Esta institución centenaria –casi milenaria– lo demanda y lo merece.

S. G. G.: *Sólo me queda agradecerles encarecidamente el tiempo dedicado a esta entrevista. Su aportación a este número de la revista Espacio, Tiempo y Educación, un lugar de encuentro, de difusión, de crítica y reflexión, complementa a la perfección el monográfico dedicado a universidades durante periodos de transición democrática. Muchas gracias.*

E. H. S. y J. L. P.: Gracias a ti y a la revista.

2. Referencias bibliográficas

- Consejo de redacción. (1994). Entrevista con José Luis Peset. *Salud mental y cultura. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 14 (51), pp. 703-715.
- González Gómez, S. (2013). *La Universidad de Salamanca durante el franquismo (1956/1968)*. (Tesis doctoral). Universidad de Salamanca. Accesible a través de GREDOS (repositorio documental de la Universidad de Salamanca): <http://gredos.usal.es/jspui/handle/10366/122972>
- Hernández Sandoica, E. (2012). *Política y escritura de mujeres*. Madrid: Abada.
- Hernández Sandoica, E., Ruiz Carnicer, M. Á., Baldó Lacomba, M. (2007). *Estudiantes contra Franco (1939-1975). Movilización política y contestación juvenil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Hernández Sandoica, E., Langa Laorga, M.^a A. (2005). *Sobre la historia actual: entre política y cultura*. Madrid: Abada.
- Hernández Sandoica, E. (2004). *Tendencias historiográficas actuales: Escribir Historia hoy*. Madrid: Akal.
- Hernández Sandoica, E., Elorza, A. (1998). *La guerra de Cuba (1895-1898). Historia política de una derrota colonial*. Madrid: Alianza.
- Hernández Sandoica, E. (1995). *Los caminos de la Historia. Cuestiones de historiografía y método*. Madrid: Síntesis.
- Hernández Sandoica, E. (1992). *Los fascismos europeos*. Madrid: Akal.
- Hernández Sandoica, E. (1992). *El colonialismo, 1815-1873. Estructuras y cambio en los imperios coloniales*. Madrid: Síntesis.
- Mateos Montero, J. (2009). José Luis Peset y la Historia Social de la Ciencia. *ConCiencia Social*, 13, pp. 65-91.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1990). *Universidad, poder académico y cambio social*. Madrid: Consejo de Universidades.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1983). *Estudiantes de Alcalá*. Madrid: Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- Hernández Sandoica, E. (1982). *Pensamiento burgués y problemas coloniales en la España de la Restauración, 1875-1886*. (Tesis doctoral). Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Peset Reig, J. L. (2015). *Melancolía e Ilustración. Diálogos cervantinos en torno a Cadalso*. Madrid: Abada.
- Peset Reig, J. L. (2010). *Las melancolías de Sancho*. Madrid: AEN.
- Peset Reig, J. L., García Ballester, L., López Piñero, J. M.^a. (2002). *La ciencia y la técnica en la corona de Castilla*, 4 vols. Valladolid: Junta de Castilla y León.

- Peset Reig, J. L. (1999). *Genio y desorden*. Valladolid: Cuatro Ediciones.
- Peset Reig, J. L. (1993). *Las heridas de la ciencia*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- Peset Reig, J. L., Gracia, D. (1992). *The Ethics of Diagnosis*. Dordrecht/Boston/London: Kluwer Academic Publishers.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1990). *Universidad, poder académico y cambio social*. Madrid: Consejo de Universidades.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1987). *Ciencia y libertad*. Madrid: C.S.I.C.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1983). *Estudiantes de Alcalá*. Madrid: Ayuntamiento de Alcalá de Henares.
- Peset Reig, J. L., Peset Reig, M. (1983). *Carlos IV y la Universidad de Salamanca*. Madrid: C.S.I.C.
- Peset Reig, J. L., Hernández Sandoica, E. (1983). *Ciencia y marginación*. Barcelona: Crítica.
- Peset Reig, J. L., Peset Reig, M. (1974). *La Universidad española (siglos XVIII y XIX)*. Madrid: Taurus.